CAPÍTULO XX

LA FLAGELACIÓN

I

El santuario.

Otro lugar para siempre bendito es también objeto de nuestras cotidianas visitas; quiero hablar del santuario devotísimo de la flagelación. Nos ha proporcionado tantas y tan santas emociones, que sería una ingratitud de nuestra parte si no hiciésemos de él especial mención. Lejos de atraer á los profanos, apenas si los viajeros, aun los más piadosos le hacen la limosna de un simple recuerdo, ya que no sea por desdén, al menos por olvido. Retirado, amurallado sobre el camino, llama muy poco la atención, y puede ser que ni aun nosotros hubiéramos apreciado en su justo valor esta oculta perla si no hubiésemos habitado algún tiempo en sus cercanías.

Todas las tardes, un poco antes de ponerse el sol, nos hallábamos en el devoto santuario y nos acontecía frecuentemente el terminar los últimos ejercicios de piedad con los dos venerables religiosos que son sus guardianes. Sólo la voz importuna del *muezzin*, que desde lo alto del vecino minarete de la torre Antonia anuncia la hora de retirada, era capaz de echarnos fuera de allí. «El turco ha cantado»—nos decían los religiosos —y no había otro remedio que suspender nuestros ejercicios hasta el día siguiente.

Mas la hora que allí habíamos pasado era inolvidable: en la sombra y á la luz temblorosa de las lámparas que iluminan un grupo representando la escena de la Flagelación, nos parecía asistir al cruel martirio que allí mismo sufrió Jesús.

II

Las revelaciones de dos santas.—Los sufrimientos del Hombre-Dios.

Las revelaciones de Santa Brígida y de Santa Magdalena de Pazzis suplen el silencio del Evangelio, siempre tan sobrio en detalles. Habiendo llegado Jesús al pretorio de Pilatos, se despoja por sí mismo de sus vestidos y abraza con amor la columna á que iba á ser atado para dar á los hombres un testimonio elocuente de su voluntaria inmolación. Sabiendo los judíos que el Gobernador quería darle libertad y que no había ordenado la flagelación sino para apaciguar su furor, corrompieron á los verdugos, quienes juraron hacerle morir en este afrentoso suplicio.

A este fin, se precipitaron sobre él como rabiosos perros, relevándose cuando estaban fatigados para que los golpes fuesen sin interrupción. Armados de varas, de correas, de cuerdas nudosas y de cadenas de hierro, hieren sin piedad al Cordero inocente. Su sangre chorrea, inunda la columna, los azotes, la callosa mano de los verdugos y baña la misma tierra. Los golpes pasan de un millar, ninguna parte de su divino cuerpo queda intacta y las puntas de los instrumentos no hallan al instante más que llagas en que introducirse. La carne rasgada cae á pedazos y los huesos de las espaldas quedan al descubierto. Entonces fué cuando tuvo exacto cumplimiento aquella profecía de Isaías: *Lo vimos, y no parecía hombre... sino un leproso...*» No satisfechos los bárbaros verdugos de esta carnicería que habían hecho en el cuerpo adorable del Salvador, le coronaron de espinas, pero de espinas que introdujeron en su sagrada cabeza á fuerza de repetidos golpes con la caña destinada á servir de cetro á su irrisoria dignidad real. Saltó entonces la sangre tan abundantemente—prosigue Santa Brígida—que los ojos, barba y cabellos del Salvador quedaron impregnados de ella. Este cruelísimo tormento fué tanto más doloroso que los otros, cuanto que, entre otras razones, duró hasta su muerte. Al menor movimiento de la cabeza, las espinas, fijadas sobre ella, hacían sentir con extraordinaria viveza sus agudas puntas y le ocasionaban los horrorosos espasmos.

¿Cómo es posible detenerse á contemplar estas horribles escenas, ni cómo se puede embriagar de sangre que corre á oleadas por este cuerpo hermosísimo de Cristo todo brillante de juventud y de vida, la obra maestra de la creación?... Pregúntese á Francisco de Asís, á Magdalena de Pazis y á tantos y tantos otros Santos que tuvieron sus delicias en meditar la Pasión del Redentor, y pregúntese también esto mismo á los peregrinos de nuestros días que no tienen otro objeto al venir á Jerusalén que penetrarse de los sufrimientos y muerte acerbísima de Jesús.

III

La puerta baja.—La iglesia.

La iglesia de la Flagelación se halla enfrente del Pretorio de Pilatos. Se entra á ella por una puerta cubierta de hierro, tan estrecha y baja, que es necesario pasar casi á gatas. Así delante como detrás de ella hay un pequeño patio. El primero sirve de atrio, y está rodeado de paredes sobre las que se leen algunas sentencias de la Escritura que recuerdan al peregrino la santidad del suelo que pisa. Dicen así: *Introibimus in tabernaculum ejus: adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus.* (Salmo 131, vers. 7.)

Ego in fragella paratus sum. (Salmo 37, vers. 18.)

Apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit. (San Juan, capítulo 19, vers. 1.)

El segundo tiene dos compartimientos; el de la izquierda da acceso á la iglesia, y el de la derecha está convertido en jardín, en medio del cual hay un pozo profundo en el que nunca falta el agua, lo que permite cultivar los geranios, las rosas y los lirios que sirven para adornar el santuario. Entre la sacristía y dicho jardinillo se halla la escalera que conduce al pequeño convento, el cual, en tiempo de las grandes peregrinaciones, sirve de sucursal á *Casa-Nova* para el alojamiento de los extranjeros.

La iglesia, como la mayor parte de las que cubrieron un

día el suelo de la Palestina, ha pasado por extrañas peripecias. Edificada por los primitivos fieles, abrasados del más vivo deseo de conservar y honrar todos los sitios señalados con las huellas sangrientas del Hombre Dios, fué después presa de los musulmanes, cuando se apoderaron del palacio del gobernador romano. Arrebatada al culto católico, no lo fué, sin embargo, á la devoción de los cristianos, quienes continuaron visitándola hasta el año 1618.

IV

El hijo del gobernador.—Los caballos muertos.

En esta época, como amenazase ruina, el hijo del Bajá, Mustafá-Bey, se resolvió á restaurarla, no para devolverla á sus antiguos poseedores, sino para convertirla en una caballeriza. Encima añadió algunos departamentos destinados á contener el forraje y cebada para sus caballos. Apenas terminada esta nueva construcción, se desplomó una noche sin causa alguna aparente.

Asombrado el joven Príncipe, pero no desconcertado, persistió como nunca en su designio, reconstruyó sus caballerizas, y una tarde instaló en ellas sus mejores corceles. Pero cuál no fué su estupefacción al oir el día siguiente al levantarse que todos sus caballos yacían por tierra heridos de un mal completamente desconocido. Consternado Mustafá, reunió á los sabios del Islam, y les preguntó cuál fuese la causa de accidentes tan extraños, á lo que unánimemente respondieron: que era una expresa manifestación de la voluntad de Mahoma, oponiéndose á que un lugar consagrado á la oración viniese á convertirse en morada de animales. Esta razón convenció al Príncipe, quien abandonó su proyecto aunque sin restituir á los Franciscanos su iglesia profanada. Abandonada por completo y no pudiendo resistir por más tiempo al peso abrumador de los siglos, se desplomó al fin, quedando sepultada bajo sus propias ruinas. Los frailes Menores habían perdido la esperanza de levantarla de nuevo, pero una disposición extraordinaria de la Providencia les proporcionó tan grande dicha.

V

Ibrahim-Bajá.—Maximiliano de Baviera.

En 1836, Ibrahim-Bajá va á Belén y reclama la hospitalidad franciscana. Servida la comida, pregunta el Superior á Su Excelencia si quiere vino. «Con mucho gusto, respondió Ibrahim, pero me lo debéis servir en una ánfora para que mis gentes no se aperciban de ello.» El Bajá usó tan largamente del licor prohibido por el Profeta, que se embriagó, quedando después profundamente dormido. Al despertar, pidió todo confuso al Superior perdón del escándalo que le había dado, y queriendo reparar su falta, le promete concederle todo cuanto le pida. Viendo el Guardián la generosidad de su huésped, pidió y obtuvo el que se les restituyese el santuario de la Flagelación.

Las larguezas de Maximiliano, duque de Baviera, acabaron lo que un buen movimiento había arrancado á un príncipe musulmán, y comenzaron los trabajos de reedificación. No había que abordar la cuestión del arte, ó mejor dicho, el arte consistía en sacar partido de un lugar que no permitía ni extenderse ni elevarse. Irregular en su plano y limitado en su altura por el cuartel turco al que no se podía quitar la vista, no ofrecía recurso alguno al arquitecto. Sin embargo, Fr. Serafín de Rocascalegna, llegó á triunfar de estas dificultades, y en poco tiempo elevó este modesto templo tan bien apropiado, en donde una luz discreta, tamizada por grandes cortinas rojas, viene á aumentar el recogimiento y el misterio. No hay sino una nave adornada de cinco altares. Detrás se halla el coro para los religiosos.

El altar mayor, sobre el que hay un grupo esculpido representando la Flagelación, y rodeado de numerosas lámparas que arden de día y de noche, se levanta en el lugar mismo en que Nuestro Señor fué tan cruelmente azotado. Un trozo de columna hallado bajo las ruinas del antiguo templo, y dejado adrede por los primitivos cristianos, lo hizo reconocer. Estos, en efecto, cuando se veían constreñidos á abandonar un santuario, lo marcaban con un signo cualquiera á fin de que sus descendientes pudiesen, en tiempos mejores, renovar el hilo de

la tradición. Los cuadros que adornan los altares laterales son como otras tantas páginas copiadas del drama sangriento de la Pasión. El primero representa la oración de Jesús en el Huerto de las Olivas; el segundo, el suplicio de la Flagelación; el tercero, la coronación de espinas; y el cuarto, la Crucifixión.

VI

La Madona de la Carta.

Una curiosidad de la iglesia de la Flagelación, que sosiega de los graves y dolorosos pensamientos que inspira, es la Madona *della Lettera* (de la carta), á la que se refiere la graciosa leyenda siguiente:

Durante la permanencia de San Pablo en Sicilia, abrazaron la fe cristiana un gran número de paganos. El Apóstol envió una comisión á la Madre de Jesús para hacerla sabedora de sus dichosas conquistas. La Virgen María respondió con una carta en la que felicitaba al Doctor de las Gentes, le manifestaba su gozo y se declaraba la Protectora de los nuevos convertidos. Esta carta, escrita en hebreo, fué traducida al griego y conservada con el mayor respeto por los fieles de Mesina, que la guardan hoy como una insigne reliquia. Su fiesta, celebrada el 5 de Junio, es solemnizada con regocijos públicos. Un piadoso siciliano, muy devoto de la Orden Seráfica, viniendo en peregrinación á Jerusalén hace como unos veinte años, regaló á la iglesia de la Flagelación una copia del cuadro de la Madona de Mesina, acompañado de un facsímile de la preciosa carta que dice así:

«María Virgen, hija de Joaquín y Ana, muy humilde sierva de Dios, Madre de Jesucristo Crucificado, de la tribu de Judá, del linaje de David, salud á todos vosotros mesinenses y bendición de Dios Omnipotente. Hemos sabido que habiendo conocido la verdad por la predicación de Pablo, ese vaso de elección, nos habéis enviado una comisión confesando que Nuestro Hijo, el único Hijo de Dios, es Dios y Hombre, y que después de su Resurrección subió al cielo. Por esto, os bendecimos

á vosotros y á vuestra ciudad, de la que queremos ser para siempre Protectora.»

Los oficiales de la tipografía franciscana se cobijaron desde un principio bajo la protección de María, y la invocaron, graciosa alusión á su oficio, con el nombre de Virgen de la Carta. El 20 de Septiembre se reunen todos los años fraternalmente en la iglesia de la Flagelación, en donde hacen cantar una Misa solemne. En esta ocasión reviste la pequeña iglesia sus bellos ornamentos. y se expone sobre el altar mayor, en un cuadro de flores y de luces, la Virgen de Mesina con el autógrafo que se le atribuye. El concurso de los católicos de la ciudad no cesa sino con la noche, de suerte que se puede decir que esta Madona privilegiada no es menos honrada en Jerusalén que en las costas de Sicilia.

La iglesia de la Flagelación, sin tener el título de parroquia, es servida con mucha regularidad. Hay una Misa cada día y dos en los domingos. El espacio es con frecuencia demasiado reducido para contener los fieles que allí concurren, y que, de rodillas ó de pie, oran con el más profundo recogimiento. Como en la primitiva iglesia, casi todos se acercan á la mesa Eucarística.

VII

Los dos ermitaños.—Fr. Luis y la peste.

Los dos religiosos legos del convento dan el ejemplo, y el fervor con que se acercan á la sagrada Comunión fortalece la fe de los demás asistentes. En efecto, estas dos figuras son verdaderamente sorprendentes. Se las creería desembarcadas recientemente de la Tebaida para visitar los santuarios de Jerusalén. El más anciano, Fr. Luis, no ha conocido en su vida sino las dos ciudades santas: Roma y Jerusalén. Como otro Pablo, el primer ermitaño podría preguntar á los viajeros de Europa: «¿Qué hacen por allí los hombres? ¿Son siempre tan insensatos? ¿Edifican aún casas y ciudades?» Un barco de vela que tardó cuatro meses en llegar al puerto de Jafa, lo condujo, siendo aún joven, á esta tierra de Oriente, que no ha abandonado todavía. Es el más anciano de los religiosos de la misión de

Palestina. Hace ya más de *setenta* años que sirve á la Custodia, ¡y con cuánto celo y abnegación! Basta decir que es aún más rico de méritos que de días.

Testigo de la mayor parte de los dolorosos acontecimientos que han tenido lugar en Tierra Santa durante este siglo, presenció los horribles estragos ocasionadas por la peste de 1846 en la ciudad de Jerusalén, vió diezmadas las familias, y sobre todo, la familia franciscana en la que la caridad multiplicaba las víctimas. Habiendo muerto del contagioso mal el cocinero del convento de San Salvador, y no hallando el Custodio ningún otro con quien reemplazarlo, se dirigió á Fr. Luis, que formaba parte de la Comunidad del Santo Sepulcro, en la que no había entrado la peste, y le propuso dicho puesto, que las fatigas diarias hacían tan peligroso. El lo aceptó sin réplica, y dijo á sus compañeros asustados: «¿Qué he de temer? La voz del Superior me llama, y sé muy bien que ella es la voz de Dios. Obedezco, pues, y no me acontecerá mal alguno.» La profecía tuvo exacto cumplimiento; pues no solamente quedó libre de la peste, sino que reanimó á sus Hermanos en religión que se hallaban aterrados, y pareció rechazar á lo lejos con su energía el azote cruel, causa de tantas desdichas. Hoy mismo, agobiado bajo el peso de los años, desea con ansia, como el Apóstol, ser libre de los lazos de este mundo para volar cuanto antes al cielo, en donde parece haber establecido ya su morada.

Jamás llegaríamos á explicar debidamente su expresión, de indecible calma, decuplada por la pureza de una mirada extinguida, á las pasiones todas de aquí abajo, y reflejo de esta claridad interior que ha hecho llamar con un mismo nombre al hombre y á la luz en el lenguaje de los antiguos poetas.

VIII

Fr. Pedro Unia y la América del Sur.—La santa amistad.

El otro religioso, Fr. Pedro Unia, desempeñó en América, por espacio de veinte años, el cargo de cuestador y constructor de iglesias. Ha pasado ocho veces el Océano; ha conducido á Jerusalén en tres distintas ocasiones las limosnas del Brasil, de Colombia, del Perú y de Chile, limosnas penosamente recogi-

das en medio de los azares y peligros que aguardaban entonces al viajero en aquellos países primitivos.

Llegó á franquear, sin encontrar un solo pueblo, distancias de setecientas leguas, á caballo, y la mayor parte en un carro de mercader arrastrado por bueyes. Su alimento no variaba. Por la noche no tenía otra cama que la tierra desnuda ó una hamaca suspendida de las ramas de los árboles. Su alimento no variaba jamás, y se componía de arroz y carne en conserva. Faltaba la leña, y el único combustible que tenían era el estiércol de los animales, cuyo acre olor, infiltrándose en los alimentos, los hacía nauseabundos y repugnantes. En sus viajes á través de los desiertos, de las montañas, de los mares y de las ciudades; bajo el fuego de los trópicos como sobre la nieve de los Andes, nuestro intrépido religioso se reía de todos los peligros y fatigas, encomendando solamente á Dios el cuidado de guardarle.

En el seno de una vida independiente y afanada, llena de trabajos y cuidados, no se desvió ni por un solo instante del fin supremo; antes bien, el pensamiento de la perfección religiosa era el objeto de su más cara solicitud, y la perspectiva de venir á terminar sus días en la tierra de Sión su más dulce esperanza. Ha conservado de sus lejanos viajes una impresión particular: el don de la observación, una admiración apasionada por las maravillas de la naturaleza, una palabra ardiente y florida más docta de lo que se tendría derecho á esperar de un simple fraile lego.

Una cosa nos ha enternecido en estos venerables ancianos, y es, el respeto y afecto que mutuamente se profesan. En su santa amistad, en el apoyo mutuo que se prestan, se adivinan todas las delicadezas del sentimiento que unieron con tan estrecho lazo á San Basilio y San Gregorio Nacianceno.

Ellos pasan la vida en la oración y el trabajo; y si no hacen cestas como los monjes de Nitria, cuidan del jardín y del convento y reciben á los peregrinos. ¡En cuanto á la iglesia, la adornan como á una desposada!

No dejan, pues, humear la mecha por falta de aceite; de ahí es que, cuando venga el Esposo celestial, los hallará sin duda alguna con la lámpara encendida y les hará entrar en el festín de las bodas eternas.